

la fórmula de distribución que debe adoptarse. Pero dentro del objeto del presente estudio no cabe ocuparse de esta cuestión. (1)

Los puntos sobre los cuales vamos a insistir, son los siguientes:

a) Llamaremos primero la atención sobre que eso de entregar las fábricas a los obreros—cosa de la que tanto se habla—no está de acuerdo con los principios fundamentales del socialismo científico, o sea el de Marx. Lo que se produce en una fábrica no es obra únicamente de los obreros de la misma, sino también de los que fabricaron los instrumentos empleados, de los que trabajaron en la instalación de los mismos, de los que construyeron los edificios, etc., y no hay razón para que el trabajo de todos esos obreros lo aprovechen únicamente los trabajadores de la fábrica; debe aprovechar a la colectividad.

b) Dijimos alguna vez que en un país pobre bajo un régimen socialista todos vivirían como pobres. Que no sería posible que un país donde se produzca lo que en México se produce, el nivel medio de vida de los trabajadores de todas las clases sea comparable al de algunos trabajadores de las grandes industrias, lo demuestran los valores de nuestra producción industrial y agrícola. De

(1) Según CH. Gide, las fórmulas de repartición que se han propuesto se reducen a las siguientes: Partes iguales a todos. A cada uno según sus necesidades. A cada uno según sus implementos. A cada uno según su trabajo. V. Pareto califica a las tres últimas de subjetivas y son para él vagas, nebulosas, poco inteligibles. Sin duda que esas fórmulas no conducen a reglas precisas para repartición. La razón de eso es que no se pueden establecer relaciones bien determinadas entre cosas mensurables, como son los productos del trabajo, con otras que, por su naturaleza misma, no lo son, como las necesidades, los méritos y el trabajo. Sin embargo, los partidarios de la última fórmula de distribución—que si mal no recordamos es la que Marx acepta—, proponen que se mida el trabajo por el número de horas.

los datos consignados en los cuadros relativos, resulta que el valor total aprovechable de toda nuestra producción es bastante menor de \$1,680,000,000—hay que tener en cuenta en efecto que esta suma se formó con los valores en bruto de la producción minera y petrolera, pues no se tiene el valor neto de esa producción; ahora bien, como la población activa es de 5.250,000, sin contar los empleados en transportes, resulta que el valor medio de lo aprovechable por trabajador es de 320 pesos. Esto nos dice que bajo un régimen de distribución uniforme de lo producido—que es la característica del socialismo—la única clase social que mejoraría de condición sería la muy numerosa de los campesinos, y acaso la de algunos trabajadores de pequeñas industrias. En cambio bajaría el nivel de vida de las clases siguientes: rentistas, burócratas, empresarios de grandes industrias, trabajadores en las grandes industrias extractivas y transformadoras. Y no consideramos a los empleados y trabajadores de toda clase en transportes, porque muchos de ellos, los que trabajan en algunas empresas ferrocarrileras y de tranvías, constituyen una clase de trabajadores tan favorecida como buena parte de los burócratas. Hemos insistido sobre esto porque tal parece que se cree que bajo un régimen socialista todos podríamos vivir, si no como ricos, por lo menos como burgueses de la clase media.

Y, no nos cansaremos de repetirlo, son condiciones necesarias para mejorar, el trabajo y el ahorro, y ahorro significa privaciones, sacrificio, renunciación a bienes presentes con la esperanza de que si no los mismos que se imponen privaciones disfruten de mayor bienestar en el porvenir, sí lo disfrutarán los que vengan tras ellos.

SALVADOR DIAZ MIRON

(1 8 5 3 - 1 9 2 8)

Publicamos, a título de anticipación, el capítulo "Salvador Díaz Mirón", del libro "Horacio en México" que, como contribución al segundo milenario del poeta latino, ha escrito el señor GABRIEL MENDEZ PLANCARTE. Este libro y el del señor Octaviano Valdés "Horacio Moderno", ya se encuentran en prensa en esta Editorial.

Por

GABRIEL MENDEZ PLANCARTE

“ARTISTA del Renacimiento”: tempestuoso en la vida, paciente y exquisito en el arte. Breve y fúlgida como un diamante, su obra.

Injusto consigo, repudia sus poemas anteriores—que ya le habían valido renombre continen-

tal—y reconoce por hijo único a “Lascas”, uno de los libros más perfectos y homogéneos que han brotado de pluma mexicana. ¿Perfecto? Si obra de mortal merece tal adjetivo, merécelo sin duda la de Díaz Mirón. ¡Lástima que el poeta

oro arrastre a veces fangos; lástima que el poeta haya sido tan superior al hombre!

"Personalidad *sui generis*—bien dijo González Peña—no ya en la lírica de México, sino en la del mundo de habla castellana". (1)

No temo decir que Díaz Mirón es, por lo que toca al estilo, el más horaciano de nuestros poetas. Horaciano por temperamento, no por imitación. Ninguno, como él, sintió la quemadura del anhelo imposible: perfección. Ninguno luchó tanto por alcanzarla. Ninguno tan frecuentemente logró aprisionarla entre sus brazos hercúleos.

No es de los torrenciales, aunque tiene ímpetu y hervor de torrente. Es de los "alquimistas", que practican el lema de Gracián: "Más obran quintas esencias que farragos". A él, como a Horacio, podemos decirle: "La concisión, secreto de tu numen". (2)

Limpiamente horacianas las características que en él señalan sus críticos: "difícil concisión", "brillantez", "rebuscamiento de la expresión justa". (3) Y aun los defectos que se le imputan—"falta de jugosidad... y de ternura", "poesía inhumana y amanerada"—son puntualmente los mismos que—erróneamente—se le han achacado al Venusino.

"Estímase que Díaz Mirón—escribe otro ilustre crítico—había perdido en espontaneidad, en emoción comunicativa y directa, lo que, por artes de sabiduría, ganó en prodigiosa riqueza y rítmica". (4) Otro tanto, ni más ni menos, se ha dicho de Horacio, con la misma aparente justificación. ¡Como si el artista hubiera en ellos matado al poeta! ¡Como si la túnica albeante ahogara el latido del rojo corazón! ¡Como si el "bronce perenne" olvidara el beso de la llama engendradora!

Cierto: ni Horacio ni Díaz Mirón son poetas gemebundos y palabreros. Del mexicano ha escrito Blanco-Fombona estas palabras que lo mismo pueden aplicarse al latino: "Aunque no carece de ternura, carece de sentimentalismo, sobre todo del malo... Qué pocas veces se le humedecen los ojos. Sin embargo, fijaos bien y veréis que a veces una perla se irisa en sus pestañas. Y qué patéticas son las lágrimas del hombre fuerte". Como Horacio, Díaz Mirón nos dice su dolor "en estrofas perfectas, casi impasibles; en

estrofas engañosas de serenidad, como los volcanes, que portan la muerte y el fuego en las entrañas". (5) Nada de lamentos mujeriles, ni de gritos histéricos, ni de suspirillos delicuescentes. Pudor viril: sello de suprema distinción.

Muchos—por no decir todos—son los poemas de Díaz Mirón cuyo estilo claramente evoca el recuerdo de Horacio.

La muerte del "hombre de virtud"—del horaciano "varón justo y tenaz"—inspírale este magnífico "*Requiescat in pace*":

¡Ante el despojo inerte
del hombre de virtud, yo no maldigo,
sino aplaudo la muerte!
¡Celébrala conmigo
quien a sensible corazón dé abrigo!
¡Sí, en esta cruel guerra
el justo anhela de polo a polo
dormir bajo la tierra,
ya que sobre ella sólo
reina la fuerza y predomina el dolo!
¿Cuándo habrá mar en calma
para el esquife en que, mirando al cielo,
boga y suspira el alma?
La fe se encoge, ¡oh, duelo!
como ave a punto de emprender el vuelo.

La prestigiosa orilla
esplende allá como fulgor que brota;
mas la frágil barquilla
que la tormenta azota,
no llegará sino desierta y rota.

No vertáis, ¡oh perversos!,
de irrisorio dolor estéril jugo.
¿No ayer fuisteis adversos
al vivo como os plugo?
¿Plañe acaso a la víctima el verdugo?

No para tal asiento
compre el cincel fastuosa cantería,
todo remordimiento.
¡Esa corona fría
no fuera gloria, no, sino ironía!

¿A qué serán honores
las que en ónice y mármol sobre huesas
fija el arte labores?

¿A qué vanas pavesas
en triste soledad ricas empresas?

¡Oh tímido y profundo
espíritu, que siempre huíste el ruido
y la pompa del mundo!
Logres lo que has querido:
no eterna fama, sino eterno olvido.

¡A tí fuera desdoro
lo que es presea en nuestros circos fieros:
lo que obtienen del coro,
triunfantes y altaneros,
los más audaces y los más arteros!

"Piedad" fue tu divisa,
"Amor sin esperanza" fue tu emblema;
pasaste cual la brisa
que sobre el mar que trema

(1) C. González Peña: "Hist. Literat. Méx." Méx., 1928: p. 413.

(2) M y P.: "Epístola a Horacio", en "Hor. en España", I. p. LIII.

(3) F. de Onís: "Antol. Poes. Esp. e Hisp.-Amer.", Madrid, 1934: p. 55.

(4) C. González Peña: Op. cit., p. 415.

(5) R. Blanco-Fombona: Prólogo a los "Mejores Poemas" de Díaz Mirón, Editorial América, Madrid, s. a.: p. 20.

viene a la costa cuando el sol más quema.

¡Sabio quien busque y halle
a la sombra del árbol, paz cumplida
en apartado valle,
cabe limpia y dormida
corriente, imagen de su nueva vida!

No cultivéis, ¡oh buenos!,
más tierra que la tierra. ¡El barro humano
vale a vosotros menos
que el que nutre al gusano
y da una planta a quien le arroja un grano!" (6)

Más horaciano aún—por su estilo, por su tema
y hasta por su título—es aquel poema, uno de los
máximos "capolavori" de Díaz Mirón, en que la
noble figura del "sabio" esculpida por Horacio y
por Fray Luis y que ya vimos asomar en la penúl-
tima estrofa de "Requiescat in pace", reaparece en
toda su vital plenitud. He aquí el "Beatus ille"
díazmironiano:

"¡Oh paz agreste! ¡Cuánto
a quien se acoge a tí brindas provecho!
¡Con qué divino encanto
llenas de olvido el pecho
¡ay!, a torturas y a furores hecho!

De la cándida oveja
que a sombra trisca en hondonada bruna,
o la cabra bermeja
que asoma en alta duna
su hocico rojo de carmín de tuna,—
ubre sana y henchida
regala el apetito, aquí no escaso,
con leche que, bebida,
vale a dormir al raso
y deja untado y azuloso el vaso.

¡Mesa digna de un justo,
¡oh Gay!, la tuya, que de carne y vino
te guarda exento el gusto,
y no a perder el tino
es ocasión, ni a víctimas destino!

Egloga virgiliana
abre y radica en tu heredad el seno,
y de tu boca mana
en trasunto sereno
y con almíbar oloroso a heno.

Antigua prez no humilla
claro vestigio a torpe muchedumbre;
él en tu ingenio brilla,
como postrera lumbre
de occiduo sol, en levantada cumbre.

¡Plácidos los que olean
mi frente, que a baldón opone orgullo,
hábitos que menean
las frondas, con murmullo
grato al reposo, cual materno arrullo!

¡Mas no Favonio engríe
el délfico laurel. Zozobras calma,
y susurrando ríe
de la ceñida palma,
con un desprecio que perfuma el alma!

(6) Este poema, "Requiescat in pace", no se encuentra en "Lascas" (Xalapa, 1901), ni en la mencionada antología de Blanco-Fombona. Lo tomo de la pequeña selección que forma parte del "Parnaso de México", publicado en México por el editor Porrúa.

¡Oh paz agreste! ¡Cuánto
a quien se acoge a tí brindas provecho!
¡Con qué divino encanto
llenas de olvido el pecho
¡ay!, a torturas y a furores hecho!

A la culta o salvaje
corriente del vivir marcas y ahondas
recto y seguro encaje,
que por arenas blondas
al mar la lleva en sosegadas ondas.

Sobre anónima huesa
árbol piadoso y tétrico derrumba
"guirnalda que le pesa",
pompa que treme y zumba
y caricia y plañido es a la tumba.

La madre tierra es leve
al cadáver que allí se desmorona,
que sólo a un sauce debe
—en los palmos que abona—
copioso llanto y liberal corona".

Estamos en presencia de una obra maestra de
la poesía española, que es, al propio tiempo, uno
de los más preclaros especímenes del horacianismo
mexicano. No imitación: "re-creación" del "Beatus
ille" es el poema del veracruzano genial.

El viejo molde de "La Flor de Gnido" (7),
que parecía ya agotado y enjuto, revive aquí hen-
chido de joven savia, más viril y armonioso que
nunca. La pentacorde "lira" que pulsaron Fray
Luis de León y San Juan de la Cruz, torna a can-
tar—bajo la mano sabia y enérgica de Díaz Mirón
—nuevas y no percederas armonías.

No pequeña audacia la del poeta de "Lascas":
atreverse a tratar el tema del "Beatus ille" después
del inmortal cantor de "La Vida Retirada", y pro-
vocar—por el empleo de la misma forma estrófica—
la temible comparación. Paralelo aplastante
para cualquier otro que no fuera él, Díaz Mirón
resístelo no sólo digna sino victoriosamente.

Porque, si he de expresar íntegramente mi sen-
tir, no debo callar que, con todo el respeto debido
a la sombra amada y venerada de Fray Luis, juz-
go superior—si no como poesía, sí como auténtico
estilo horaciano—el "Beatus ille" del artífice de
"Lascas".

A no pocos—bien lo sé—escandalizará este mi
juicio; pero... "¿nunca se ha de decir lo que se
siente?"... (8)

Concisión bruñida y espléndida, rapidez y brío,
primor de adjetivación,—inconfundibles dotes ho-
racianas—brillan también en muchos otros de los
poemas de Díaz Mirón. Citaré sólo algunos frag-
mentos, escógidos casi al azar:

(7) "Primera joya horaciana de la poesía moderna"
llama Menéndez y Pelayo ("Hor. en Esp.", II, p. 13) a
esa oda—"la Flor de Gnido"—en que Garci-Lasso intro-
dujo a nuestra lengua, tomándola de poetas italianos, esa
bellísima combinación llamada "lira".

(8) D. Francisco de Quevedo: "Obras completas", ed.
Astrana Marín, Aguilar. Madrid, 1932. "Obras en ver-
so": p. 135.

... "A través de este vórtice que crispa,
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
oruga enamorada de una chispa,
o águila seducida por un astro".
... "¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrumen!
La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume".
... "¡Alumbrar es arder! ¡Estro encendido
será el fuego voraz que me consume!
La perla brota del molusco herido
y Venus nace de la amarga espuma".

("A Gloria").

... "Y hórrida amago suena...
¡Así la racha en el desierto zumba,
cuando en crecientes vórtices de arena
corre a ceñir al árabe la tumba!"
... "Sobre la impura huella
del fraude, la verdad austera y sola
brilla, como el silencio de una estrella
por encima del ruido de una ola".

("Excelsior").

... "En la espuma del mar sacro al Jonio,
deidad menos bella
sacudió, remedando una estrella,
el suelto y profuso
y dorado borlón, cuando impuso
con el iris al nácar su huella".

("Pepilla").

... "Siempre que prócer o tumulto amaga
resiento injuria en escozor de llaga:
¡tórnome paladín, y alzo en palestra
lírico gusto, como armada diestra,
rútilo grito, como fiera daga!"

("El Ingenioso Hidalgo").

Integros deberían aquí transcribirse aquellos poemas "Redemptio", "El Predestinado", "A una araucaria", "El Fantasma", "Boedromion", en que Díaz Mirón, con incomparable maestría, cincela marmóreos tercetos, ya sea entrelazándolos según el esquema italiano de nuestros clásicos o bien creando un molde nuevo, no menos arduo y severo que el antiguo: el terceto monorrimo, que puede gloriarse de tener como precursor nada menos que al trepidante "Dies Irae" de la liturgia medioeval y católica.

Gocemos siquiera un fragmento del poema "A una araucaria", en que surge, con poderoso relieve, otra característica horaciana de Díaz Mirón que ya se habrá advertido en las citas anteriores: su ímpetu innovador en el léxico—fuertemente impregnado de latinismo—y en la sintaxis, que tiende siempre al hipébaton, a la elipsis, a la omisión de artículos y a cuanto aumenta energía y concisión:

"¡Bien hayas, himno verde, que sublimas
en estrelladas y soberbias rimas
triumfante numen, y a cantar animas!

En la punta prolífica y derecha
de tu plumada y elegante flecha,
mirlo garrulador plañe una endecha.

... Corvas uñas, que amagan como en rabos
de incógnitos a mí reptiles bravos,
echas por hojas en alternos cabos.

Y si la llama del rencor me ciñe
corazón y laúd, la nota riñe
y el verso es garra que la sangre tiñe.

... ¡En tí mi nombre que grabé, se mezca!
¡Tal vez lo guardarás de que perezca!
¡Sólo así podrá ser que dure y crezca!"

Y cerremos el estudio de este aspecto de la música diazmironiana con aquella pequeña obra maestra que es su trágico apóstrofe "Al Iztaccihuatl":

"Tu enorme ventisquero forma o trasunta
blanca mujer tendida como difunta,
y muestra en vivas manchas crudo arrebol;
y el cadáver ficticio me desconcierta,
porque se me figura la patria muerta
que con pintas de sangre se pudre al sol.
¡Oh signos de los tiempos graves y espurios!
¡Oh enorme catafalco lleno de augurios
que presagian castigos e imponen fe!
Tu mole no descubre más que estas marcas:
escombros o cenizas y rubras charcas,
y vecino, un coloso que avanza el pie!" (9)

Estrofas "impasibles", pero amargas y clarividentes como aquellas en que el Vate latino, ante las discordias fratricidas que desgarraban a la República, presentía—sobre las cenizas de Rómulo—el verberante galope de los corceles bárbaros... (10).

Muy horacianos por su estilo, por la "imaginación helénica" y por no pocos detalles, son otros dos poemas de Díaz Mirón, que—si no me engaño—bien pueden competir en taumaturga potencia evocadora con los mejores "Poemas Antiguos" de Leconte de Lisle.

El primero, "Boedromion", es, en buena parte, magnífica amplificación del horaciano "Dulce et decorum est pro patria mori". (Oda II, Lib. III):

"¿Gemis? ¿No hallaron entre rojas piras
y a través de las bárbaras saetas
claros laureles vuestras justas iras?

(9) Tampoco este poema "Al Iztaccihuatl" aparece en las antologías que conozco de Díaz Mirón, ni se encuentra en "Lascas". Publicóse, a raíz de la muerte del poeta, en alguna revista.

(10) Horacio: Epodo XVI, vv. 11-14:

"¡Barbarus, heu! cineres insistet victor, et urbem
Eques sonante verberabit ungula;
Quaeque carent ventis et solibus ossa Quirini
(Nefas videre) dissipabit insolens".

Coronados de adelfas, los poetas
cantan fausto loor, digno de lirás
hechas a celebrar triunfos de atletas.

La griega sangre que purpura el suelo
por la lucha convulso y escarbado
es propicia a la patria y grata al cielo.

¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado
se adelanta en la lid con noble anhelo
y en la primera fila es inmolido!

Para el que torna invicto y satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale a la puerta y se encarama al techo.

Y bajo el casto peplo de la hermosa
virgen, el puro y culminante pecho
hinche y erige su botón de rosa.

¡Cejar, descolorida la mejilla,
turbia la vista y erizado el vello,
en la pugna viril, es gran mancilla!

¡Indeleble baldón pone vil sello
al que, cual manso buey, tiende y humilla
al tiránico yugo el dócil cuello!

El que al abrigo de cerrado muro
se queda atrás cuando la hueste fiera
parta en bélico alarde al trance duro;

El que sensual o tímido prefiera
al riesgo heroico, el bienestar seguro,
viva de oprobio y de vergüenza muera!

No os lamentéis. ¡La combatida nave
"echa al airado mar todo un tesoro"
para salvarse en la tormenta grave!

Corred al templo en jubiloso coro
y dejad sobre el dórico arquitrabe
en honra al dios las égidas de oro!"

Y el segundo, "*La Conmemoración*", que lleva
el subtítulo de "Espectros Épicas", es un bajorre-
lieve triunfal, digno de ser cincelado por Fidias y
admirado por Pericles:

"¿Adónde, con los griegos melenudos,
va por el golfo insigne tanta nave?
Al compás de la tibia, que en agudos
tonos imita la canción del ave,
himno de acentos bélicos y rudos
suena, confuso y grave.

¿Es el Peán?—Guereros espolones
amagan en las proras esculpidas;
y la flota triunfal lleva festones
de rosas y relámpagos de égidas,
y argenta de espumosos borbotones
las olas divididas.

El Sol entre arreboles resplandece,
como broquel de oro que a indistinto
dios vestido de púrpura guarece;

y el húmedo cristal, a trechos pinto
de reflejos de múrce, parece
en sangre persa aún tinto".

"Peán" victorioso de Salamina—que "Sófocles,
apenas efebo, blanco y desnudo como Apolo, danzó
y cantó en la playa frente al trofeo de la victo-
ria" (11) y que corearon con altos clamores, bajo
el azul empurpurado del cielo, sobre el azul empur-
purado del mar, "las galeras heroicas de Themís-
tocles"!

Más que por reminiscencias concretas, es horaciano
Díaz Mirón por la profundísima afinidad
de su estilo con el del Vate de Tíbur. Aquéllas, sin
embargo, tampoco faltan del todo.

Así, claramente recuerda a Horacio. (Oda "A
Grosfo", XVI del Libro II), cuando nos pinta a
la torturada "*Claudia*", que

"huye del trato y se resiste al brillo;
y busca en el encierro una quimera:
la paz del corazón puro y sencillo.
¡Como si por milagro consiguiera,
al golpe de la puerta en el pestillo,
burlar sus cuitas y dejarlas fuera!"

y más evidentemente aún, en aquel otro pasaje:

"En pequeño batel hiende la rada,
... y en el peligro y sin temerlo flota;
y de todo su afán no arroja nada
en su curso y su grito de gaviota".

... ¡Admirable amazona la doncella!
Pide un corcel, y en el sillón se planta,
nervioso y ágil, cimbradora y bella;
y parte con un nudo en la garganta;
y compele y fustiga y atropella...
¡y a su cruel torcedor no se adelanta!"

¿Quién no reconoce aquí el pasaje ya citado de
la Oda "A Grosfo" y el "Post equitem sedet atra
Cura" de la Oda I del Libro III? Pero también
aquí—como decíamos del "Beatus ille"—la imagen
horaciana no está pálidamente imitada, sino "re-
creada" con vigor y frescura de cosa viva y perso-
nal. Compárese ésta de Díaz Mirón con la remi-
niscencia que del mismo pasaje vimos antes en
Pesado; y, a pesar de ser Don José Joaquín uno
de nuestros mayores intérpretes de Horacio, se
advertirá inmediatamente la distancia y la inmensa
superioridad del poeta de "*Lascas*".

Indicaré, finalmente, aunque sea de paso, otras
características genuinamente horacianas de Díaz
Mirón: la prodigiosa potencia de vaciar, "en ver-
sos que perduren" y sin mengua del arte, su indig-

(11) Jesús Urueta: "Conferencias y discursos litera-
rios", Cultura. México, 1919: "Ensayo sobre la Tragedia
Atica": p. 42.

nación y hasta sus coléricos insultos; y el poder—no menos maravilloso—de renovar o ennoblecer con sus giros cuanto dice, logrando así recurrir a comparaciones para cualquier otro inaccesibles por “humildes” o prosaicas.

De lo primero, bastará citar como ejemplo decisivo los diazmironianos Épodos VI y X y los horacianos “Excelsior”, “Oda mínima”, “El Ingenioso Hidalgo” y tantos otros en que flamea—no siempre con justicia, siempre con arte supremo—la furia del veracruzano a quien ya oímos decir de sí mismo:

“...Y si la llama del rencor me ciñe
corazón y laúd, la nota riñe
y el verso es garra que la sangre tiñe”.

Lo segundo, o sea el mágico poder transfigurador de las más humildes realidades, es quien permite a Díaz Mirón comparar la angustia de “Clauudia” con

“...el espasmo súbito que al vuelo
de la colgante y columpiada sogá
muerde y crispa las carnes del chicuelo;”

ponderar la “gordura” de la leche campesina y la escasez de carne y vino, con las expresiones horacianas que vimos en el “Beatus ille”; y engarzar, en la fastuosa descripción de un crepúsculo, el símil que admiramos en esta estrofa:

“Un adiós, hecho turba de colores,
como el de triste madre suelto en flores

a muerto chiquitín,
radia en el dombo que prepara luto
y luminaria, por el Sol hirsuto
que cayó en el confín”.

(“Opalo”).

Mexicano auténtico, no es Díaz Mirón de los descastados que reniegan de España. Cuando en 1910—Centenario de nuestra Independencia—, canta “Al buen Cura” iniciador de la epopeya, exhorta y amonesta a sus conciudadanos:

“!Ah!, pero no en irreflexiva furia
reverdezcais antigua y seca injuria
en contra del hermano,
que de virtud rebosa;
no intentéis percutir como a tirano
al espíritu hispano,
que siempre será cosa
firme y enhiesta, principal y hermosa”.

Herederó de ese espíritu, el poeta de “Lascas” consagra su decoro—bien lo dijo Fernández Granados—“a la helénica musa”; (12) aquel Díaz Mirón “demasiado rebelde para echar sobre sus hombros librea alguna, por dorada que sea”, (13) ciñe su leonina cabeza melénuda con mirtos y laureles del jardín de Horacio.

(12) E. Fernández Granados: “Mirtos”. México, Porrúa, 1915: p. 171. Soneto “A Díaz Mirón”:
“Poeta: bien realzas tu decoro,
a la helénica musa consagrado...”

(13) R. Blanco-Fombona: Prólogo citado, p. 17.

DICTADURA Y DEMOCRACIA

Por

M A X A D L E R

ESTA vez no se trata de determinar las relaciones entre la dictadura y la democracia. Podemos abandonar los casos de terrorismo. Creemos haber aclarado que no existe ninguna contradicción entre la dictadura y la democracia, tal y como generalmente se la conoce, es decir, como democracia política. La comprobación que se puede obtener actualmente en cualquier parte del movimiento obrero socialista, en el sentido de que trata de asimilar

UNIVERSIDAD publica este capítulo del libro del profesor MAX ADLER: “Democracia Política y Democracia Social”, que cobra viva actualidad en nuestros días. La versión castellana de la obra de Adler, precedida de un estudio, se debe al Lic. Manuel González Ramírez, colaborador de esta Revista, y está siendo editada por importante editorial sudamericana.

las teorías de la dictadura y utilizarlas en la práctica, revela, ante todo, la existencia de debilidades interiores en ese movimiento obrero.

La social-democracia de nuestros días ha tenido necesidad de entender claramente que la dictadura del proletariado no es de ninguna manera contraria a la democracia comprendida en el sentido de democracia política, sino que, por el contrario, es una consecuencia de la democracia basada sobre el poder del proletariado.